

PATOLOGIA DE LA CONTRACULTURA

QUE la recuperación —y a veces la desvirtuación— de los impulsos libertarios por parte del sistema capitalista es un peligro y a la vez un hecho dista mucho de ser un secreto. Son bastantes los esfuerzos teóricos que analizan o han analizado el problema, y bien patente es también en los cínicos años 70 la frecuente transformación en mera moda —atuendo, reclamos— de lo que antes, en los 60, fue arrollador intento de revolucionar, en el mejor sentido de la palabra, la vida cotidiana a todos los niveles. Por otra parte, sin embargo, la amarga constatación de lo anterior en absoluto constituye un arma para enterrar la defensa de la propuesta que la palabra «contracultura» encierra —unas formas alternativas de vida basadas en la crítica a la realidad existente en términos preferentemente cualitativos—. La ética productivista, el culto al mero crecimiento, la instrumentalización de las relaciones humanas, todos los fantasmas, en fin, en que se basa la ideología dominante del capitalismo avanzado y del socialismo stajanovista (por llamarlo de algún modo), siguen siendo, por supuesto, un alienante enemigo al que combatir. Además, la revuelta contracultural no surgió gratuitamente, sino que la generaron las nuevas necesidades profundas que el propio desarrollo del capitalismo crea cuando empieza a erradicar de su horizonte cultural a la pobreza, cuando empieza a llegar a lo que los anglosajones denominan «post-scarcity» (esta es una cuestión controvertible, claro está, pero no me voy a extender sobre ella).

Entre la recuperación, pues, y la quizá todavía intuitiva exigencia de nuevas formas de existir, lo cierto es que las esperanzas «contraculturales» (utilizo este término, porque parece que ya se ha abierto paso y resume bastante bien un gran cúmulo de cosas, aunque no me guste en exceso) deben contar a la hora de diseñar estrategias de cambio, y, es más, impregnan ya la práctica del movimiento obrero y revolucionario en general en muchas ocasiones (1).

(1) Recuérdese entre nosotros la reciente huelga de FASA, que no era precisamente para «ganar más», sino para «trabajar menos». En cuanto a otras sociedades, el fenómeno es también palpable. Stanley Aronowitz (en su obra *False Promises*) lo detecta en los Estados Unidos con bastante penetración. Por su parte Jürgen Habermas, desde una óptica preferentemente alemana, ha dedicado todo un libro a los problemas de legitimación del capitalismo tardío.

En este terreno estratégico es donde, en definitiva, radica en mi opinión el centro del problema: remodelar los móviles y métodos de acción de la izquierda «clásica», sí, pero no caer en el mero espontaneísmo que muy bien puede llevar, por el aislamiento que acarrea, a la vieja situación de «extravagante» o de «oveja negra». Las soluciones dadas hasta ahora no es que sean muy halagüeñas. En los Estados Unidos, por ejemplo, la izquierda en ge-

negativos. Pienso que se pueden sacar de él enseñanzas estimables. Quizá me haya extendido en los párrafos introductorios, pero me interesaba exponer todo lo anterior para ensanchar las perspectivas en que creo deben insertarse las obligadas reflexiones.

La Hermandad del Sol

Norman Paulsen, personaje equívoco, visionario y negociante

José Rodríguez Ibáñez

neral, en su afán de institucionalizar el espíritu «contracultural» de los 60 de forma no autoritaria o jerárquica, por medio principalmente del fomento de la labor comunitaria de base en medios locales, está llegando al extremo opuesto de la explosión espontánea: la paralización reformista. Pero que el problema no esté todavía resuelto satisfactoriamente no quiere decir que no siga planteado. Es indudable que vivimos una época de transformación de la conciencia revolucionaria. Ese es un proceso que como todo proceso histórico se va gestando dolorosamente a través de una larga marcha en la que lo nuevo surge de lo viejo y en la que caben retrocesos, aberraciones y degradaciones de resultado en ocasiones más que temible, que es preciso prever, desenmascarar y combatir.

A la luz de lo dicho, me centraré ahora en uno de esos casos

embaucador al mismo tiempo, fundó en Santa Bárbara (California), hace cinco años (entonces tenía cuarenta y uno; ahora, lógicamente, tiene cuarenta y seis), al calor del rechazo del industrialismo que caracteriza a la filosofía «hippy», una comunidad, la Hermandad del Sol (The Brotherhood of the Sun), que no tardó en ganar adeptos. Lo que propugnaba era el romántico retorno a la naturaleza para vivir del fruto de las propias manos. El regreso al mundo artesanal y agrario. El empeño prosperó, desde luego. La Hermandad, cuyos componentes —unos 200— viven en el interior de la zona (salvo, como luego veremos, Paulsen y su esposa), apartados del Pacífico tras la cordillera de Santa Inés, se fue convirtiendo poco a poco en una importante empresa cooperativa que en la actualidad posee varios establecimientos de comida «orgánica» —la cadena «Sun-

burst», a través de la cual canaliza su producción agrícola—, una clientela y una pequeña flota de vehículos de transporte.

Hasta aquí no habría mucho que destacar. Todo sería exquisitamente legal y hasta lógico: un negocio en el país de los negocios, de orígenes más o menos «fundacionales». Quizá el gran triunfo económico de un explotador como tantos que habría sabido revertir en provecho propio los entusiasmos ajenos con el señuelo de unas ideas o aspiraciones en boga (Paulsen, en efecto, cuenta con unos «hermanos» que trabajan sin contrapartida durante jornadas larguísimas como granjeros, dependientes o conductores, y se beneficia de exenciones fiscales otorgadas a entidades religiosas «sin fines lucrativos», lo cual le permite incrementar sus ganancias y también llevar un tren de vida —estancias prolongadas en moteles de primera, adquisición de coches elegantes, por poner sólo ejemplos probados—, absolutamente prohibitivos para el resto de sus seguidores, que, como he dicho antes, están obligados a vivir en su retiro campestre). Sin embargo hay rasgos que, aun cuando se esgrimieran nada más que hipócritamente, para perpetuar la rentable adhesión comunitaria, no dejan de ser inquietantes.

Lo primero a considerar es el carácter regenerativo que Paulsen quiere dar a su movimiento. No sólo pretende reavivar el utopismo, digamos, falanstérico (si así fuera, no extendería el negocio cada vez más, y se contentaría con



La ética productivista, el culto al mero crecimiento, la instrumentalización de las relaciones humanas, siguen siendo un alienante enemigo al que combatir.



En los Estados Unidos, la izquierda en general, en su afán de institucionalizar el espíritu contracultural de los 60 de forma no autoritaria o jerárquica está llegando al extremo opuesto de la explosión espontánea: la paralización reformista.

vivir con dignidad), sino que se arroga funciones redentoras que se han concretado a veces en intentos de operaciones «de limpieza» (en una ocasión Paulsen fue detenido por la Policía cuando intentó detener a su vez, en plena calle y pistola en mano, a un individuo que él alegaba era «un conocido distribuidor de droga»).

Pero no todo acaba en pequeñas anécdotas. Entre las «visiones» de Paulsen hay algunas que enlazan con mitos de tenebroso recuerdo: según una de ellas, las islas que se divisan enfrente de Santa Bárbara (S. Miguel es la más importante; son conocidas como «islas del canal» —el canal que forman con la costa—) estuvieron en tiempos pobladas por hombres rubios y perfectos —física y espiritualmente—; tan perfectos y rubios como los actuales componentes de la Hermandad, cuya misión, fácil es de deducir, es reconstruir aquel «glorioso pasado». No en balde la principal granja en la que se asientan los «hermanos del Sol» se llama precisamente «Lemuria», el nombre del continente que se hundió según la leyenda, en el Pacífico, como también «lo hiciera» la Atlántida en el Atlántico.

Por si el recurso a este tipo de mitos no fuera ya suficientemente alarmante, la «Brotherhood» ha dado un paso más: nada menos que atrincherarse, fortificarse, amontonar alimentos y, lo más peligroso, armas. Según ellos, la sociedad se encamina irremediablemente al caos, y en el inevitable estado de «guerra de todos contra todos» que se avecina, habrán de defenderse a sangre y fuego. Son Noés modernos.

No es de extrañar tal reacción. La «post-scarcity», a la que antes aludí ha sido una constante de la conciencia colectiva norteamericana hasta la recientísima crisis de energía. Ahora que la escasez amenaza de un modo más o menos real, su presencia se hace temible para quienes en verdad

nunca la han experimentado ni siquiera como paisaje —los «ghettos» son tan lejanos para el «middle American» como cualquier remoto país; pienso ahora en la enraizada ironía de Art Buchwald cuando, por las fechas del viaje de Nixon a Pekín, relataba en su columna el histórico viaje del Presidente a... Harlem—, y la forma de respuesta, precisamente por basarse en algo que se representa sin ningún apoyo real, puede revestir los caracteres más impredecibles. No son uno ni dos los «mayoritariamente silenciosos» que atiborran su garaje de latas de conserva, y en las ciudades más importantes la Policía adiestra ya a sus compañías especializadas en la represión de «food riots» (disturbios producidos por masas hambrientas. Diré, para dar idea de la magnitud del fenómeno, que la noticia de tales entrenamientos llenó, a finales de enero pasado, nada menos que la primera plana del *Los Angeles Times*). Es impresionante ver cómo el miedo a lo desconocido, imaginado como un universo orwelliano o bradburiano —las referencias más familiares, pues los años 30 y la Gran Depresión quedan muy lejos en un país en el que la aceleración a todos los niveles es formidable—, desencadena unos resultados tan ingenuos y neuróticos a la vez.

Volvamos, sin embargo, a la Hermandad. Se trata, como se ve, de un auténtico escándalo, que ha sido sacado a la luz por el *Santa Barbara News & Review*, semanario crítico que lleva a cabo una muy loable labor de información independiente, y del que tomé los datos. Las reacciones, no obstante, aparte de la respuesta de Paulsen, a la que en seguida me refiero, no han sido muy grandes. En Estados Unidos, como todo el mundo sabe, es legal la posesión de armas siempre que se registren, y la Hermandad ha cumplido esos trámites. Sí que hay un punto de fricción,

y es el hecho de que todos los fusiles adquiridos (por valor de 30.000 dólares...), aun con ser de tiro a tiro, pueden convertirse fácilmente en armas de repetición, en fusiles ametralladores, los cuales sí que está prohibido poseer. Es fácil pensar que la «Hermandad» ya ha practicado en sus fusiles las consiguientes reformas para lograr ese resultado, y avala la posibilidad la probada y repetida presencia de un armero profesional en la mencionada «Lemuria». La Policía conoce esto último, pero no le da importancia, aceptando las tesis de Paulsen, quien, en una inmediata serie de coléricas réplicas, se ha querellado con el *News & Review* e insiste en público —conferencias de prensa, artículos, entrevistas— en que está siendo sistemáticamente calumniado por «un nuevo Judas» (en cuanto a la compra de armas, aduce razones de seguridad —intentos de ataques en las posesiones aisladas de las montañas— y en lo relativo a sus ingresos insiste en que todo se reduce a que las cuentas de la Hermandad están a su nombre como administrador).

Son típicos argumentos «de descargo», poco convincentes en cualquier caso. Baste considerar el hecho de que algunos miembros de la propia «Brotherhood» se han asustado del carácter que ésta ha ido adquiriendo y la han abandonado, cosa que habla bien significativamente del mundo que se esconde tras la en apariencia intachable cadena de establecimientos «Sunburst». Son los testimonios de estas personas (cuyos nombres sin excepción, por miedo a castigos o represalias, insistieron en no facilitar) los que han servido en gran parte a John Hurst —el redactor del *News and Review*— para componer su informe.

Peligro real o pequeño mundo pintoresco de alucinados al frente de un líder de dudosos propó-

sitos, síntoma preocupante de cualquier forma, lo cierto es que la «Brotherhood of the Gun» (del fusil, como la denomina el *Santa Barbara News & Review*, haciendo un juego de palabras en inglés entre «sun» y «gun») sigue existiendo, y quién sabe si entre sus sueños no se da una purificación sangrienta del «vicio» que reinaría entre, pongamos, la «juventud corrompida de Isla Vista» (el enclave universitario, que goza de esa fama entre las clases dominantes de la eminentemente conservadora Santa Bárbara —«Sin City», la «ciudad del pecado», lo denominan algunos—, y que paradójicamente proporciona numerosos clientes a la Hermandad). No está tan sobrada la sociedad norteamericana de crímenes rituales y de fanáticos (el caso Manson es sólo uno de los más espectaculares), como para que no resulte temible el hipotético paseo exterminador de unos renovados «heraldos negros»... Es más: quién sabe lo generalizada que puede estar entre esa misma sociedad norteamericana este tipo de actitud «purificadora» y defensiva, y a qué género de fuerzas sociales puede hacer llegar al poder.

¿Qué concluir? Por mi parte, remitiéndome a lo dicho al principio, que si es necesario criticar y detener las posibles perversiones o manipulaciones de las tendencias «contraculturales» (y la Hermandad creo que constituye un buen ejemplo de esto último), también es necesario no caer en el dogmatismo inquisitorial de quienes, lo mismo a la izquierda que a la derecha, condenan sin mayor precisión tales tendencias, o mejor dicho, son incapaces de comprender lo que la aparición de tales tendencias comporta y debe comportar. La Razón es un arma poderosa que esgrimir frente a la Sinrazón, pero la Imaginación también debe salir victoriosa de esa batalla histórica. ■